

No podía moverse: todo su frágil cuerpo se había magullado horriblemente en la caída, y, según las órdenes del gobernador, la ataron con fuertes ligaduras sobre una mula que tomó el camino del castillo de Crotoy, fuertísima prisión de Estado.

Rodeaban á la cabalgadura los arqueros de Hartley con los arcos montados, y el mismo capitán caminaba al lado de la prisionera con la espada desnuda y con la firme intención de atravesarla de parte á parte al más leve movimiento.

XVIII.

—Madre—decía Luis XI una mañana, al tiempo de levantarse, á María de Anjou;—madre, ¿cuándo van á matar á esa mujer que llaman la hereje?

La reina no respondió de otro modo que besando al pequeño Delfin en la frente, en tanto que uno de sus camareros enlazaba al rededor de su cuello una cadena de oro que le daba nueve vueltas.

—¿No me respondes, madre?—exclamó Luis impaciente; y luego repitió, hiriendo el pavimento con su pequeño pie:—¡he preguntado que cuándo van á matar á esa hereje!

—¡Pronto, muy pronto, hijo mío!—contestó con un suspiro la dulce María.

—¿Es verdad que la van á quemar?

—Sí.

—Así me lo ha dicho mi ayo Florimundo Robertel. ¡Oh, qué cosa tan divertida debe ser el ver tostarse á una persona como si fuese un faisán!

—¡Luis!—gritó severamente María:—¿es eso lo que yo os he enseñado? Debemos compadecer á esa desdichada.

Luis, el que luego bajo el nombre de Luis XI había de ser el sanguinario y supersticioso rey de Francia, se volvió á su padre que, sentado en un rincón de la cámara, leía un tratado de cetrería.

—Padre—dijo acercándose á él y separando con rudeza á su hermana la princesa Carlota, que se apoyaba en las rodillas del rey;—padre, ¿dónde van á quemar á la hereje?

—En Roán, hijo mío—respondió el rey.

—¿Cuándo?

—Dentro de muy pocos días.

—¿Iremos á verla?

—Estás enfermo.

—¡Oh, no! ¡Yo quiero ir á verla! ¡Eso me pondrá bueno!

—¡Llevaos á monseñor!—dijo María, dirigiéndose á los ayudas de cámara con aquel soberano imperio que algunas veces sabía adoptar.

El Delfin salió llorando de cólera, y la reina se dirigió apresurada hacia su esposo.

—¿Es cierto lo que he oído, señor?—exclamó, en tanto que su noble frente se vestía con el rubor

de la indignación:—¿va á ser ejecutada la que os ha dado el trono de vuestro padre y la corona que ciñe vuestra frente?

—Sí, señora —contestó Carlos VII con frialdad.— Pedro Cauchón, obispo de Beauvais, es quien se ha ofrecido á satisfacer los deseos del duque de Bedford, exponiendo sus derechos á sentenciar á Juana d'Arc.

—Pero, señor,—exclamó María—¿olvidáis que el duque de Bedford es vuestro más cruel enemigo? ¿Olvidáis que Pedro Cauchón ha sido expulsado de su diócesis por su conducta escandalosa? ¿Qué poder tienen un inglés y un indigno sacerdote para sentenciar á una vasalla vuestra, que es además vuestra bienhechora?

—El vicario general del obispo, ha escrito á mi primo de Borgoña y al conde de Ligni para que le cedan todos sus derechos sobre Juana.

—¿Y vuestro primo de Borgoña y el conde no os han consultado acerca de esto?

—Sí, señora; pero añadiendo que será en vano que me oponga á los deseos del duque de Bedford; que se me consulta por consideración, y que Juana d'Arc es su prisionera de guerra.

—¿Y así la abandonáis?

—¿Qué he de hacer? La Universidad de París ha decretado además que Juana no puede eximirse de la censura eclesiástica *por cuanto ha vulnerado la honra de Dios, ha debilitado la fe y des-*

conceptuado la Iglesia católica (1); además, señora, fuerza es decíroslo todo; sire de Cauchón ha dado á nuestro primo de Borgoña diez mil francos para que Juana d'Arc le sea entregada.

—Oh, ¡qué horror!—exclamó María de Anjou, no pudiendo menos de cubrirse el rostro con las manos;—decid, decid, señor, ¿ha sido consumado ese infame trato?

—Sí, señora.

—¿Y vos habéis podido cosentirlo?

—¿Qué queréis? Esa mujer era prisionera de guerra de los ingleses, y no puedo hacer otra cosa que admirar la habilidad del duque de Borgoña, que ha hecho que un negocio perdido le produzca diez mil francos. Juana ha sido conducida á Roan con una crecida escolta, y ayer ha debido terminarse el proceso.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué ingratitud!—exclamó la reina llorando amargamente.—Señor, nunca seréis dichoso! ¡Vuestra madre tan cruel, tan inhumana, no era capaz de tanta bajeza y cobardía como vos!

—A la verdad que no os comprendo, María; ¿qué queríais que hiciese?

—Cuando no, otra cosa mejor y más digna de un rey; cuando no haberos reservado el derecho de disponer de Juana, debíais haber mandado tro-

(1) Palabras textuales del proceso de Juana d'Arc.

pas que, á viva fuerza, la arrancasen del poder de la escolta que la conducía á Roán.

Carlos VII nada respondió y se puso á pasear por la cámara, silbando un toque de caza con la mayor indiferencia.

En aquel instante se oyó el galope de algunos caballos; la reina se asomó á la ventana y vió entrar en el patio de palacio á Pedro de Giac, seguido de dos pajes de su casa y de dos escuderos.

—¡Messire de Giac! dijo María que, fuera de sí de dolor, olvidó por un momento aquella rígida etiqueta, á la cual faltó tan pocas veces durante su vida.

Alzó el caballero la vista, vió á la reina y se quitó su pesado casco de acero y oro, descubriendo su cana y severa cabeza é inclinándose con respeto hasta la larga crin de su alazán.

Sus cuatro servidores le imitaron.

—¡Subid, messire! dijo la reina más bien con el ademán que con la voz.

Un instante después, se oyeron los pasos pesados de Pedro de Giac en el largo corredor que conducía á la cámara del delfin Luis, ocupada á la sazón por el rey Carlos y la reina María.

—Pedro de Giac entró; estaba tan pálido que casi parecía lívido; venía de hacer con su esposa Catalina de Thian aquella terrible justicia que, al saberse, aterró á toda la Francia y que aseguró el honor, puesto en peligro, de tantos esposos.

Dobló una rodilla, besó la mano del rey y luego hizo lo mismo con la de la reina.

—¿De dónde venís, messire? preguntó María de Anjou con voz agitada.

—Señora,—contestó Pedro de Giac—he costea-do el Ródano y luego he ido á Roán.

La voz de sire Giac era lúgubre; pero María sólo se fijó en su última palabra.

—¡Ah!—exclamó—de ese modo me diréis cuál es la suerte de esa infeliz.

—¿Habla V. A. de Juana d'Arc, señora?

—Sí. ¿Qué es de ella?

—Mañana debe ser quemada.

—¡Oh! ¿Qué decís?—exclamó la reina:—no hace aún un mes que se la encerró en el castillo de Crotoy. ¿Cómo ha bastado tan breve tiempo para la sustanciación del proceso?

—Todo está ya terminado, señora;—repuso Pedro de Giac con su acento sombrío é impasible:—la sumaria se ha compuesto de hechos truncados, incidentes ridículos y absurdos, que demuestran que sus jueces no se han avergonzado de hacer el papel de verdugos. Juana ha respondido siempre con el mayor candor y sinceridad, asegurando la verdad de sus apariciones; en diez y seis comparencias distintas y otros tantos interrogatorios, ha sostenido, con impávida perseverancia, la exactitud de sus revelaciones.

—¿Le han dado tormento? preguntó Carlos VII,

cesando de silbar su toque de caza para hacer aquella cruel pregunta.

—¡Tormento!—repitió Pedro de Giac con una mirada de extravío:—¡tormento! ¡Sólo los esposos damos tormento á las esposas infieles!

De Giac acompañó estas palabras con una carcajada nerviosa, y abandonándole la serenidad que hasta allí había afectado á costa de un supremo esfuerzo de su voluntad, se dejó caer al suelo presa de una horrible convulsión (1).

Carlos VII tocó un silbato de plata que llevaba pendiente de la cintura, y aparecieron algunos escuderos que sacaron de la cámara al infortunado caballero.

—Que venga sire de la Rivière, dijo María á los servidores, en tanto que el rey volvía á tomar la sonata que silbaba de la nota en que la había dejado.

Un momento después apareció el caballero.

—¿Tenéis noticias de Roán? preguntó la reina tomándole una mano con una fuerza convulsiva.

—Sí, señor, respondió con tristeza el caballero, que ya había sido un fiel servidor de Carlos VI.

—¿Y qué hay?

—Mañana tendrá lugar el suplicio de Juana d'Arc, contestó sire de la Rivière, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

(1) La historia de Pedro de Giac y la terrible venganza que tomó de su infiel esposa, se engastarán en la leyenda biográfica perteneciente á la reina de Francia, Isabel de Baviera.

—¿Le han dado tormento los ingleses? volvió á preguntar el rey.

—No, señor—contestó con amargura sire de la Rivière;—se ha creído, y con razón, que podía perecer en él, pues está muy débil y enferma; se la pasó, sin embargo, para que sufriese el último interrogatorio, á la sala de las torturas; y dijo, con la serenidad de un ángel, que si le daban tormento y la fuerza del dolor le arrancaba otra confesión de las que ya tenía hechas, sería nula y de ningún valor.

—Con esta respuesta quedaba concluido el proceso, á mi parecer, dijo el rey.

—Tiene razón V. A., se dió por concluido; pero Juana ha recusado, por no conocerlos, á todos cuantos han hecho de acusadores suyos; y no pudiendo tampoco hacerse prueba de testigos en el dicho proceso, ha resultado éste ilegal en todas sus partes.

—¡Oh! ¡Pero entonces no han podido condenarla! ¡Es imposible! exclamó la reina.

—¡Ah, señora! ¿Sabe por ventura V. A. lo que son esos jueces negros?—exclamó sire de la Rivière con indignación;—han querido dar á este inicuo proceso, al menos, las apariencias de la realidad, y han sometido á la desdichada al acto de reconocimiento de la culpa y de abjuración.

—¿Luego hay culpa? preguntó el rey deteniéndose en su paseo y mirando al caballero con estupidez.

Pero éste no quiso dar muestras de haber oído aquella pregunta, y continuó dirigiéndose á María:

—La desdichada niña, enferma, agarrotada y en presencia de Pedro Cauchón y de sus vicarios, de muchos prelados ingleses y de un pueblo inmenso y furioso, oyendo á cada instante la amenaza de arrojarla á las llamas, y viendo al verdugo preparado para la ejecución, ratificó con heroica constancia la verdad de sus revelaciones; uno de los doctores ingleses, protestante acérrimo, se empeñó en hacerla perder su dignidad y calma, y le dijo:

—*Juana, contigo hablo; tu rey es hereje y cismático.*

—*Yo os respondo, señor—contestó Juana—y sostendré, á costa de mi vida, que mi rey es el cristiano más noble de todos los cristianos, y no es nada de eso que decís (1).*

—¡Oís, señor!—exclamó María asiendo á su esposo por el brazo. ¡Ah! ¿No sería más noble que mandaseis prender fuego á las murallas de Roán para salvar á Juana, que dejarla perecer?

Carlos VII no respondió y sire de la Rivière continuó su triste narración:

—Insistieron los prelados ingleses en que Juana se adhiriese á los capítulos de acusación de sus jueces, y no sabiendo la desdichada lo que se le pedía,

(1) Diccionario de mujeres célebres de Canseco.

suplicó por el amor de Dios le diesen una persona que la aconsejara.

Nombrósele, pues, un asesor, quien aseguró que, para no ser quemada, infaliblemente debía referirse á los juicios de la Iglesia: la pobre niña dijo *que haría lo que él quisiese*; y lloraba de tal manera, amedrentada y temblorosa, que apenas podía hablar. Entonces el secretario le leyó un modelo de abjuración que contenía sencillamente la promesa de no volver á tomar las armas, dejarse crecer el cabello y usar el traje de mujer.

Después de escuchar atentamente, exclamó:

—¡Ah! ¡Os doy mil gracias por mandarme esto, señores, pues así podré volver al lado de mis padres, que es indudablemente lo que más deseo en el mundo!

—¡Desgraciada niña! exclamó la reina.

—Juana,—prosiguió sire de la Rivière enjugando una lágrima que brotaba en sus ojos.—Juana puso sobre el modelo de abjuración una cruz, pues no sabía escribir, y todas cuantas cartas había enviado á los ingleses las había escrito su hermano Nicolás; pero no bien había estampado el signo de la redención, le sustituyeron otra cédula en la cual se reconocía *hereje, cismática, idólatra, sediciosa, hechicera, sacrílega, impostora é impúdica, por haber fingido revelaciones absurdas, haberse vestido de hombre, armarse y mezclarse entre soldados contra la decencia y decoro de su sexo;*

añadía reconocerse relapsa, y confesaba haber tenido comercio con los demonios.

Juana no supo lo que había firmado la segunda vez; pero al ver á Pedro de Cauchón ponerse en pie, al oír leer la sentencia por la cual se la condenaba á pasar el resto de su vida en la cárcel, reducida *al pan de dolor y al agua de angustias*, vió de qué modo la habían vendido, y cayó sin sentido en los brazos de sus guardias.

—¡Pero de eso á una sentencia de muerte va mucha diferencia, messire!—exclamó la reina con alegría.—Aun hay esperanza.

—Ninguna, señora—respondió melancólicamente el caballero.—Cuanto llevo dicho lo he presenciado yo: hace dos días que he llegado de Roán; pero antes de salir de aquella ciudad he oído á Cauchón arengar al pueblo desde el balcón de su palacio, terminando su discurso con estas palabras: «¡Ingleses! ¡Estamos á 26 de Mayo! ¡Yo os prometo que el día 30 asistiréis al suplicio de Juana d'Arc!

Pero ¿creéis que podrá cumplir tan inicua promesa?—preguntó la reina con angustia.

—Messire de Cauchón cumple cuanto promete, como lo que prometa sea malo—dijo sire de la Rivière, meciendo tristemente la cabeza.

—¿Oís, señor?—exclamó María dirigiéndose á su esposo.

—¿Qué he de oír?—preguntó Carlos VII, volviéndose muy irritado.

—Que esa mujer, que os ha dado el trono, perece mañana á manos de los ingleses; que nada hacéis para salvarla; que sois tan ingrato como cruel...

—¡Eh! ¡Basta ya!—interrumpió Carlos VII, con el gesto imperioso que había heredado de su madre, y que hubiera sido sublime en un rostro menos marchito y degradado que el suyo.—¡Basta, señora! ¡No vale esa villana lo que hemos hablado ya de ella; pero, supuesto que os interesa, idos á vuestra cámara á rezar por el descanso de su alma!

Las lágrimas de María se secaron como por encanto á impulsos de un sentimiento de su orgullo herido; alzó una cortina y desapareció sin saludar al rey.

—Messire—dijo éste á la Rivière—mandad disponer mi caballo y mi servidumbre para ir al castillo de Penthièvre; la marquesa me espera á comer.

—¡Ah, pobre Juana!—murmuró el caballero.—¡Sólo Dios te puede prestar su ayuda! Pero su bondad es tan grande, que, para cuando todo nos abandona en la tierra, nos guarda su amor, fuente de todo consuelo!

XIX.

Era el día 30 de Mayo de 1430.

Las diez de la mañana daban en todos los relo-